

El morado o púrpura del Caracol Múrice

Tinte tradicional indígena

Giselle Chang Vargas

Introducción

El patrimonio cultural intangible se expresa en distintos ámbitos, cuyo hilo conductor es la lengua, vehículo por medio del que se transmiten conocimientos de una generación a otra. Dentro de las expresiones culturales que se han conservado por la oralidad, tenemos las artesanías, ya que detrás del objeto nos encontramos con una serie de saberes que dan por resultado un diseño particular que identifica a una comunidad. El uso de tintes es una técnica decorativa que encierra una serie de conocimientos, tales como el tipo de materia prima, el lugar donde ésta se halla, la forma de obtener el tinte y la manera de aplicarlo. En este artículo, nos referiremos a un tinte muy singular: la tinta morada del caracol múrice en pueblos indígenas de la Costa Rica colonial y actual.

La metodología utilizada se cifra en la aplicación de técnicas cualitativas de investigación sociocultural, tanto para la recolección¹ como para el análisis de los datos. Se consultaron fuentes primarias y secundarias y se realizó trabajo de campo con informantes clave en las comunidades indígenas Boruca, Curré y Térraba, en las que se entrevistaron artesanas tejedoras y en Palmar Norte se entrevistó a personas mayores indígenas. La información de campo se complementó con la observación participante en un taller patrocinado por el Ministerio de Cultura y organizado por el comité de artesanas de Boruca, con el fin de revitalizar la tradición de viajar a la costa para teñir el algodón, pero con el componente de enseñar a las jóvenes artesanas la importante tarea. Esta actividad se llevó a cabo en el mes de marzo de 1997, en el sector Bahía Ballena, en la costa Pacífica sur del país y en ella participaron niños, jóvenes y adultos de la comunidad.

1 Los datos proceden de notas de campo recopiladas y sistematizadas por la autora a lo largo de varios años, durante visitas a las comunidades mencionadas. En el año 2002, para una exhibición del Museo Nacional, se realizó una investigación, cuyo producto parcial se incluye en este artículo.

El caracol Múrice: púrpura o morado

A lo largo de la historia de la cultura, encontramos que diversos pueblos del mundo han sacado provecho de los moluscos para variados menesteres. Algunas de las especies más comunes han sido los caracoles, en sus diferentes especies (*Muricanthus spp.*, *Heraplex spp.*, *Púrpura patula*, *Purpura columellaris*, *Purpura pansa*, etc), han sido la fuente de grandes centros comerciales en zonas productoras de textiles. El interés de utilizarlo radica en la tinta del molusco -de atractivo color púrpura- que se utiliza para teñir.

Entre los principales pueblos que han utilizado este recurso marino están los fenicios; los japoneses y los huanches de las islas Canarias. En América encontramos en México a los chontales, los huave y los mixtecos de la costa de Tehuantepec. En Ecuador, Guayaquil fue un centro industrial durante la colonia. En Perú hay evidencias de su uso desde la época precolombina, no solo para teñir textiles, sino también fue empleado en la decoración de templos y de códices. En Costa Rica, también se ha utilizado en distintos períodos y zonas, desde tiempos ancestrales, pero como señalan Acuña y Rivera (1990), todavía no hay investigaciones que detallen a cual especie de caracol pertenecieron los especímenes empleados en épocas prehispánicas. En la actualidad, los pueblos indígenas borucas continúan empleando este tinte en sus artesanías, tradición reconocida como parte de su patrimonio.

Entre las diferentes culturas que han utilizado el molusco para teñir, podemos encontrar algunos elementos en común: el trabajo para extraer la tinta es una labor netamente masculina, el producto obtenido del tinte es muy apreciado y se destina para satisfacer la posesión de objetos suntuarios de las clases poderosas o para ocasiones especiales.

Asimismo, hay diferencias entre los pueblos: la técnica de extraer el tinte varía, en algunos casos (fenicios, japoneses, canarias) el molusco muere y en otros (indígenas americanos) el molusco se conserva vivo; el proceso de búsqueda también es diferente y va acompañado de requerimientos específicos del contexto socio-cultural y ambiental.

Recuento etnohistórico sobre el uso del caracol en la costa pacífica de Costa Rica

Durante la época colonial se desarrolló en la zona del Pacífico una actividad comercial basada en la extracción de tintes naturales, empleados por los indios desde antes de la conquista y que resultaron de interés económico para los españoles. Entre éstos destacan el tinte de añil, extraído del árbol de jiquilite y el tinte de una variedad de caracol conocido como "múrice" o "murex" (*Aplisia depilans*), que "según el decir de Joaquín B. Calvo, podía haber sido el *Lepus marinus*, del que se extraía en tiempos pretéritos la púrpura de Tiro" (Jinesta, 1940, pág. 303).

Según consulta a las diferentes fuentes², se puede considerar que ya a fines del siglo XVI, el tinte obtenido de este caracol era un artículo de comercio en el llamado Nuevo Mundo, que llegó a tener un precio más alto que el hilo teñido con tintes extraídos de otros recursos naturales. Como lo veremos a través de la referencia a diversas fuentes, ésta fue una industria que tuvo su apogeo –en la zona del Golfo de Nicoya- a fines del siglo XVII y principios del XVIII, pues el producto fue muy apreciado por las autoridades coloniales, para lo que se valieron de la explotación de la fuerza de trabajo indígena.

No obstante, los pobladores nativos de esta zona conocían y utilizaban el tinte de caracol, pero la racionalidad de su empleo era en otra escala. José Antonio Blanco menciona que “*los naturales se visten con los tejidos que hacen de algodón, los más teñidos de azul dado con añil, que abunda en este Reino, y los otros de Morado del caracol... cuyo tinte no suelta por mucho que el género se lave*” (Meléndez, 1974, pág. 121).

La arqueóloga Winifred Creamer señala que “durante el siglo XVI, pocos de los europeos que exploraron la costa pacífica de Centroamérica reportaron sus viajes por escrito [...] Existen pocas fuentes etnohistóricas sobre el Golfo de Nicoya” (Creamer, 1982, pág. 17). Sabemos que entre los que viajaron por la zona están Gaspar de Espinosa en 1519; Gil González Dávila en 1522; Francisco de Castañeda, pero las crónicas más extensas son las de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, quien viajó por la zona del Golfo de Nicoya en 1529 y fue testigo ocular de lo que describe en sus informes. El mismo autor considera que es probable que el Golfo fuera el centro de población y la base física de una red de comunicaciones e intercambio entre éste y las demás regiones circundantes (Creamer, 1982, pág. 18).

En su crónica, Gonzalo de Oviedo menciona el valor de algunos productos en el sistema de intercambio regional, entre éstos las perlas, las cuentas de chaquira y el hilo coloreado con tinta de moluscos :

“Hay muchas colores de todas quantas maneras se suelen ballar por el mundo, é muy buenas é vivas, con que tiñen las mantas y el hilado de algodón é las otras cosas que quieren pintar; é hay de aquellas conchas ú ostras de púrpura en el golpho de Orotiña” (Oviedo, citado por Meléndez, 1978, pág. 30).

De hecho, la consulta de las fuentes etnohistóricas, permite confirmar que la explotación del caracol en la costa del Pacífico de la provincia de Costa Rica, fue una

2 Fuentes consultadas: Gonzalo Fernández de Oviedo, Thomas Gage y las fuentes citadas por Richard Ramsey, como los estudios de Ernst von Martens en 1898, las observaciones e investigaciones de Zelia Nuttatt en 1909, Wolfgang Born en 1937 y luego de Peter Gerhard en 1964.

actividad muy rentable, de la que se aprovecharon aquellos que tenían la venia de la Corona Española, en detrimento del posible beneficio para los vecinos del lugar. En 1639, un grupo de vecinos de Quepos, envían al alcalde, una carta de protesta contra el corregidor Cristóbal de Argüello y Carvajal, en la que manifiestan que éste:

"...continuamente nos apremia a que bamos al monte a sacar pita que hılan en el pu° todas las mugeres muchachos y muchachas y luego bamos al mar a teñir la dicha pita con caracol de manera que no nos queda tiempo para acudir al beneficio de nras millpas y sementeras y sobre todo no nos paga nro trabajo con que estamos pobres y padecemos necesidad .../... Pedimos y suplicamos mande librar el Recaudo necesario para que el dho corregidor en ninguna manera ocupe a los indios del dho pu° hombres y mugeres muchachos y muchachas em hilar y teñir pita ni a los dichos fiscal, maestro y sacristanes en lo referido ni en otros ningunos servicios personales sino librem te nos dejen a todos vivir quieta y pacíficamente... que aunque nos enbie a lo sobredicho no tengamos obligación a yr y por razon de avernos benido a quejar no nos haga maltratamiento..." (A.N.C.R; Guatemala, N°87, folio 1).

Diferentes viajeros que recorrieron la costa del Pacífico de Costa Rica durante el siglo XVII y XVIII, relatan cómo en la zona del Golfo de las Salinas³ y Chira había diversidad de mariscos que sirven para hacer diferentes tinturas. Entre ellos, Thomas Gage y John Cockburn mencionan que los indios teñían algodón con un tinte color púrpura extraído de cierta clase de pez que vive en las rocas, cuando más bien se trata de un molusco.

En 1648, el dominico irlandés Thomas Gage relata que en las haciendas de los españoles ubicadas en las cercanías de Chira, por el Golfo de Nicoya, el Alcalde Mayor empleaba a los indios como esclavos, pues los obligaban a hilar la pita -mercancía muy estimada en España- y buscar en los bordes del mar las conchas con las que se hace la tintura color de púrpura, con la que teñían la pita. Según Gage:

"Púrpura es una especie de concha o de pescado a concha que vive ordinariamente siete años; se esconde hacia principtos de la canícula y continúa así escondido por espacio de trescientos días: se les coge en la primavera, y frotando el uno contra el otro sueltan una especie de saliva o materia viscosa y espesa como la cera que está blanda" (Meléndez, 1974, pág. 60).

3 Carlos Meléndez señala que así se conocía al Golfo de Nicoya.

Así como los nobles de la Roma Antigua usaban prendas teñidas con el llamado púrpura de Tiro, los grandes señores de España usaban paños teñidos con la tintura del múrce, que se vendía hasta a veinte escudos la vara (Meléndez, 1974, pág. 61).

En el siglo XVIII, los científicos españoles Jorge y Antonio de Ulloa, realizaron en Nicoya observaciones similares a las de Gage y recopilaron dos métodos diferentes para conseguir la tinta: uno es exprimir⁴ el líquido y cortar con un cuchillo el final del caracol, y después desechar el resto del animal. La tinta se recoge en un recipiente y el hilo se sumerge en él. El otro método es exprimir el caracol, obtener la tinta y luego, ponerlo en la roca para ser usado otra vez. Con esto la cantidad se reduce y después de unas cuatro veces el caracol puede morir "de exhausto" (Ramsey, 1970, pág. 14).

Franz Termer, en 1955, se refiere a las observaciones etnológicas del marinero escocés John Cockburn, quien por el año 1731 viajó por tierra desde Nicoya a Chiriquí, señala que "Cockburn observó entre los nativos de Nicoya y más tarde entre los borucas del Golfo de Coronado, la coloración de géneros con el jugo de la púrpura" (Meléndez, 1976 pág. 98). En su relato, Cockburn menciona que los indios realizaron el trabajo sin usar canoa, ni ninguna otra embarcación,

"sino que se amarraron un cuarto de libra o una cantidad aproximada de hilo en el cabello, y se colocaron una pieza de madera liviana sobre el pecho para mantener la cabeza a flote y así poder nadar, pues en esta agua no entran embarcaciones. Algunas de dichas rocas están a media milla y hasta una milla de la costa, y los indios no pueden permanecer más de media hora en ellas porque la marejada las baña continuamente. Pero ellos flotan en la cresta de las olas, como corchos, sin recibir daño alguno" (Meléndez, 1976, págs. 21-22).

Cockburn, viajero de la época colonial tardía describe esta técnica. En relación con el método usado para teñir el hilo, dice:

"arrancan la concha de la roca a la que está fuertemente adherida y frotándola con suavidad sobre el hilo, vuelven a colocarla donde estaba, con gran cuidado, pues les preocupa no destruir el caracol de púrpura. Cuando el tiempo es bueno se puede teñir todo el hilo en una marea de un color tan hermoso como ningún otro, y que nunca desteñirá. Los españoles lo llaman Helo⁵ Morado, hermosos color, y he visto vender este hilo entre ellos por doce piezas de a ocho la libra, lo que equivale a doce coronas en moneda inglesa" (Meléndez, 1974, pág. 88).

4 Con Ramsey compartimos el mal uso del término "exprimir" ("to squeeze", tomado del artículo de Wolfgang Born, The use of purple, publicado en 1937 en el periódico suizo Ciba Review. De hecho, el caracol no se presta para ser exprimido, sino que la tinta se puede obtener al ser "soplado" o si se le introduce algo, como un dedo o un instrumento para extraerle el líquido.

5 Helo.: por hilo.

En el proceso de obtención del tinte del caracol hay un común denominador: la explotación de la mano de obra indígena por las autoridades españolas, como lo señalamos en relación con los naturales del corregimiento de Nicoya y del pueblo Quepos. En el informe del Gobernador Francisco Corrandi y Menan (1737) sobre las misiones en Costa Rica, se menciona que los indios eran obligados a pagar tributo religioso en hilo morado, mantas o productos en especie como maíz (Fernández, tomo IX, 1881).

En los Informes sobre el corregimiento de Nicoya (1765-1766), se menciona la utilidad de teñir hilo morado:

“en cuyo ejercicio se ocupan los indios pagándoles tres pesos por la teñidura de cada libra, en plata, ropa y Cacao, y se les da tarea veinte libras en cada Luna; de manera que al año tienen como doscientas y cuarenta libras que pueden producir mil pesos libres, que es el único renglón y aprovechamiento fijo que al presente tiene los correjidores de aquel partido en que no hay otro género de comercio” (Fernández, 1907, pág. 8).

Se desprende la supremacía económica que representaba para los Alcaldes de Nicoya la actividad de teñir el hilo con el molusco, lo que les dejaba libre aproximadamente mil pesos anuales, mientras que el buceo de perlas o el tinte con añil no tuvieron tanto fomento.

Otras referencias comprueban que la zona de Nicoya fue un centro para la explotación del caracol, incluso por parte de personas fuera de la provincia de Costa Rica. Durante los años 1772-73 se lleva a cabo un litigio por una licencia que otorgó don Martín de Mayorga -Gobernador y Capitán General del Reino de Guatemala- a don Andrés Antonio González -Comandante de Caballería de la Villa de Nicaragua- para que pudiera poner en la costa del Partido de Nicoya una canoa navegable, para el efecto de teñir hilo morado y pesca de perlas. El permiso se sustenta en el alegato del Procurador de la Real Audiencia de que “por el derecho común de las gentes a nadie se le puede impedir la navegación y la pesquería”. Se solicita al Corregidor de Nicoya, “que no ponga embarazo alguno en lo referido y si tuviese justo motivo para impedirlo, que informe lo contrario”, si en dicha canoa se introdujera algún género de comercio ilícito. Aunque esta no era la situación, el Corregidor argumenta que esa licencia va en perjuicio de los indios tributarios de su jurisdicción, quienes se han ocupado de sacar tinta del caracol desde tiempos inmemoriales, desde Cabo de Papagayo hasta donde se une con la jurisdicción del gobierno de Nicaragua, donde igualmente se halla la perla y el caracol, donde pudo intentar la misma navegación. (A. N. C. R., Complementario Colonial N° 0343, pág.4).

En un Informe sobre las pesquerías de perlas y caracol de tinte de Nicoya -realizado por José Salvador en 1803- se desprende como todavía el tinte del múrice tenía

gran importancia para la economía de los indígenas. Asimismo, se alude al incremento del vecindario y al interés de sujetos acaudalados, como un medio oportuno para fomentar esta pesca y lograr mayor prosperidad. Según otras fuentes (Sáenz Maroto, 1970), en ese año ocurrió un litigio sobre el uso del caracol por los indios de Nicoya, en la Hacienda San Cayetano.

El proceso de pesca del caracol, en las vaciantes del mar, se describe así:

"éste encierra dentro un guzano que con su jugo se tiñe hilo morado, cuya manobra es prolija y trabajosa, pues para que expida la tintura el enunciado se sopla por una de sus puntas, y verificado esto se buelve á colocar en el mismo lugar en que estaba, y pasado un mes buelve á servir y subcesivamente se sigue este método; este caracol se pezca en toda la Costa de aquel Partido. El hilo antes de teñirse se prepara lavándose y dejándolo en espuma de jabón ínterin se verifica la pezca; conseguida ésta se tiñe con el jugo indicado, el que toma color amarillo, y puesto al sol para que se seque se convierte en el de morado". (Fernández, 1907, págs. 293-294)

Sin embargo, no solo en la zona norte y central del Pacífico de lo que hoy es la República de Costa Rica, se utilizó el caracol, sino que los pueblos indígenas del pacífico sur, como los borucas y los térrabas y de la llamada meseta central, como los huetares -aunque residieran en zonas montañosas, de tierra adentro- hicieron uso de este recurso marino. A finales de la colonia, el gobernador Acosta al solicitar el traslado de los poblados de Boruca, Térraba y Guadalupe, menciona la existencia de tinta púrpura, lo que da indicios de que para entonces, la explotación del caracol era considerable.

El geólogo William Gabb, quién recorrió Talamanca en 1873, nos legó sus informes que constituyen, sin proponérselo, una rica fuente de utilidad etnológica. Al describir las rudimentarias industrias domésticas de los indígenas, señala el caso particular de la fabricación de género de algodón en telares y señala que:

"Con excepción de las mantas para los muertos, que se tejen de hilo blanco y se pintan después, la mayor parte de las obras de algodón están ornamentadas con colores. Además de los tintes vegetales indígenas, los de Bribri compran algodón de púrpura bajo, teñido con la sangre de múrex. Se lo procuran de pueblo de Térraba, en el Pacífico" (Gabb, 1978, pág. 143)

Podemos inferir que con la independencia de España, terminó la explotación comercial del caracol en Nicoya y zonas aledañas. Sin embargo, para finales del siglo XIX, esta actividad se mantenía en los pueblos indígenas del sureste de Costa Rica, que intercambiaban este producto con otros aborígenes -como los bribris- como lo menciona Gabb.

De un informe que elaboró el naturalista suizo Henri Pittier, sobre un viaje al Valle del río Grande de Térraba en 1890, también podemos corroborar que esta práctica de extraer el tinte del múrice no obedeció a un interés colonial, sino que era algo significativo en la tradición cultural de los borucas. Pittier relata que “los bruncas viajan poco, no salen sino á sus sembrados, y, por el Río Grande, hasta las playas del Océano” (Pittier, 1890, pág.101). Por la tradición oral, como lo veremos más adelante, sabemos que en estos viajes a la costa se llevaba algodón para teñirlo en las rocas. En el informe menciona que los bruncas hacen con el algodón una manta gruesa (*cuusb é⁶*), que sirve principalmente para arropar a las mujeres. Señala que el tejido tiene franjas longitudinales, que por lo general son de cuatro colores: azul pálido, arabia, morado y negro. Pero hay un detalle que nos llama la atención y es que según Pittier (1890:105), los indios obtenían los colores azul y negro, de plantas y una tierra especial, pero el morado y el arabia procedían del extranjero. Probablemente el señor Pittier no indagó más sobre el origen de este tinte, pues por diversas fuentes sabemos que este color lo extraen del caracol que habita en las rocas costeras del pacífico, desde tiempos ancestrales.

Continuidad de esta práctica en pueblos indígenas actuales

El uso del caracol para obtener tintes también fue una práctica cultural entre los huetares. Según refiere Quesada Pacheco, los pobladores de Zapatón viajaban a la costa, en la zona de Quepos, Parrita y Herradura, para traer lo que llamaban “pulús”, de los que obtenían la tinta morada. Esta tarea la realizaban cuando unas aves se iban, lo que era señal de que estaba seco y aprovechaban esa baja de la marea para entrar al lugar llamado “Piedra del Morado” (Quesada Pacheco, 1996, pág. 301). Para sacar el molusco de la concha, lo arrimaban al fuego⁷ o lo sacaban con la punta de un cuchillo, pero “no era cualquier indio el que traía morado⁸, a algunos se les ocultaba, no vían, aunque hubiera no lo podían traer” (Quesada Pacheco, 1998, págs. 47-48).

Los indígenas borucas y térrabas, asentados en el sureste del país en diferentes poblados de los cantones de Buenos Aires y Osa, mantuvieron hasta hace unos cuarenta años, la tradición de realizar viajes a la costa, con el propósito de abastecerse de diferentes productos costeros y marinos, entre los cuáles, el caracol múrice era uno de los principales.

A principios del siglo XX, el profesor de geografía e historia don Elías Leiva, en una conferencia que dictó sobre un viaje a varios poblados del sur, da una breve

6 En lengua boruca *cu'sbt*

7 En Guanacaste hay referencias orales sobre esta manera de extraer la baba del múrice.

8 En el texto “Cosmovisión indígena y uso de recursos marino-costeros” (Chang, 2002) incluido en este catálogo, se amplía la información sobre la creencia relacionada.

referencia al uso del tinte de caracol, en Boruca: *"Las mujeres tejen admirablemente las mantas de algodón, y las tiñen de colores vivos sacados del múrex (tinta de caracol) y de algunas plantas tintóreas. Tejen la red y hamacas y fabrican armas y lanzas que les sirven en la pesca y en la caza"* (Leiva, 1908).

En conversaciones recientes con ancianos que de niños escucharon el testimonio de sus abuelos o participaron en esos viajes, sabemos que, tanto los térrabas como los borucas, acostumbraban navegar por el río Térraba hasta la costa. Mamerto Ortiz, nativo de Térraba de 82 de edad, recuerda que:

"iban en bote hasta la mar, a Boca Brava, Punta Mala, por todo eso iban ahí, a Boca Chiquita, Boca Zacate, Boca Sierpe iban a regocijarse, pero tenían el cuidado de cuidarse unos a otros, iban a pescar, recogían conchas para collares, traían cambute para comida y para sonar en los días de fiesta, iban a sacar sal de la mar ... pero la sal de ahora no es como la de ese tiempo, ellos hacían esa sal de piedra o de guarumo" (Ortiz, 2002)

Su hermano Serafín, de 88 años, agrega:

*"también iban a agarrar una concha que botaba una tinta color morado, sí, y eso era especial para pintar muchas cosas, para teñir el algodón, el hilo ya hilado...y ...hasta la cerámica la pintaban con tinta"*⁹ (Ortiz, 2002)

Don Tobías Mora, de 88 años de edad, nativo de Palmar Norte y de ascendencia boruca por su abuela, nos dice que:

"cuando muchacho iba con mi abuelo Felipe Mora, el hermano de Venancio Mora..., veníamos de Chánguina al mar, a Punta Mala, para ir a teñir, había que ir a teñir allá por la costa, a Piñuelas y otra costa grande, aquella, casi llegando a Dominical, donde llamaban antes la Cuesta del Diablo ... íbamos mi abuelo y yo y unos muchachillos más que andaban ... solo güilas pequeños" (Mora, 2002)

En la década de 1930, Doris Stone describió diferentes aspectos de la cultura boruca y en el campo del tejido artesanal destaca el uso del tinte color púrpura, obtenido

9 El arqueólogo y ceramista Eduardo Odio Orozco, en la década de los 70, observó que los pescadores de Playa del Coco en Guanacaste, quemaban el caracol para extraerle el líquido, él que usaban para pintar artículos de cuero.

de un molusco llamado "la morada" (*Purpura patula* Gould), que se obtiene en las costas de Punta Mala y Dominical, justamente cuando la marea está baja. Los indios acostumbran nadar hasta las rocas, con el hilo de algodón en lo alto de su cabeza, para recoger el animal, luego soplan la concha del caracol y ponen enfrente el hilo que van a teñir, para que el fluido que expide el molusco caiga sobre el hilo. Luego devuelven el molusco al mar, cuidando que no muera. Stone señala que ellos creen que la tinta es mejor en luna llena y no es recomendable cuando la luna es nueva. En otras fases, el color no es tan fuerte (Stone, 1949, pág.17).

Algo semejante es la costumbre de los indígenas chontales de México, que viajan en grupos pequeños -de dos a cuatro hombres- y acampan en la playa durante el tiempo que realizan esa tarea, que es dos veces al año y durante ciertas fase de la luna: " la luna llena es el tiempo óptimo para obtener el tinte" (Ramsey,1970, pág 11), mojando el hilo en el mar, saturarlo con el jugo del caracol y secarlo en la playa al atardecer.

Sin embargo, entre los indígenas borucas encontramos otras opiniones respecto a la época más conveniente para ir a la costa a teñir con el múrice. Según el testimonio de don Tobías Mora "para teñir, había que irse a mediados de la semana de luna llena, para estar allá el puro día de menguante" (Mora, 2002). Al preguntarle sobre cuál es el mejor mes para esa tarea, agrega que "eso no tiene que ver, en cualquier tiempo se puede ir, pero, que sea menguante" (Mora, 2002). Otras personas, consideran que el mes ideal es marzo, pero como lo relata Margarita Lázaro, los preparativos empezaban con mucha anterioridad:

"Un mes antes, ya se van fijando en el movimiento de la menguante de marzo; entonces, las señoras empezaban a preparar el material, empezaban a hilar y a hilar, a hacer sus pelotones de hilo. Luego, ya ocho días antes del viaje, empezaban las señoras a madejear, porque las madejas tenían que ir bien listas" (Lázaro, 2002)

Rafael González Leiva, artesano boruca de la comunidad de Rey Curré, dice que acostumbraba ir a isla Violines a sacar el tinte:

"pero debe ser en cuarto menguante, no importa el mes. La luna en cuarto menguante es la que se utiliza para cortar material para el rancho, bejuco para canastos y tintes naturales para los tejidos" (González Leiva, 2002).

Se cree que si no es en esa fase lunar, el tinte no da el morado correcto. Este testimonio de don Rafael, se relaciona con un dato de 1774, cuando el Corregidor de

Nicoya se opone a que la Capitanía otorgue licencia a un vecino de Rivas para que saque tinta de caracol *“que no sirve más que una vez en cada mes y otras circunstancias que se harán presentes”* (A.N.C.R., Complementario Colonial, N° 0343, pág.4).

Para obtener un buen tinte, que dé un color parejo y fuerte, se deben tener ciertos cuidados. Además de la fase lunar -menguante-, según nuestras fuentes - se debe tratar con sumo cuidado el caracol, pues de lo contrario, la mar se enoja (cfr. texto sobre cosmovisión, en este mismo catálogo).

“Ellos tenían la creyenza de que para que el tinte te quedara bien, bien moradito, el movimiento de luna tenía que ser en menguante, porque se sabía de que estaba bien sazón ... la leche, bien firme, se sabía que tenía más cantidad... orinaba más leche el caracolito. La otra cosa es que se nos enseñó a cuidarlo, no hacerle daño, sino todo lo contrario, tal vez quizá en la misma parte que usted cogió la conchita, se debe volver a poner sin hacerle ni un solo daño” (Lázaro, 2002)

Los indígenas borucas mantienen la tradición de tomar el caracol por la punta, soplarlo sobre el hilo y luego con mucho cuidado volver a ponerlo sobre la roca; si acaso se dificultara pegarlo a la roca, se debe buscar una grieta y dejarlo allí con cariño. En coincidencia con el relato anterior, un artesano de Curré nos dice que existe la creencia de que *“si uno maltrata al bichito, cuando lo está usando para teñir, el mar se enoja y aunque la marea esté baja se levantan las olas y pueden jalarlo o tirarlo a uno de las rocas. Además el hilo se mancha y queda como vareteado por partes y no llega a teñir bien”* (González Leiva, 2002).

Al consultar documentos coloniales sobre el comercio del caracol en el golfo de Papagayo, encontramos que el argumento para que no se otorgue licencia para teñir hilo morado a foráneos, es que éstos podían arrasar y diezmar el caracol, ya que no tenían el cuidado que tenían los indios al sacar el tinte del caracol, preocupación por la sostenibilidad del molusco que todavía se mantiene entre los borucas:

“esta especie de gusano u ostra, cubierta de una pequeña concha de caracol, que con cierto humor glutinado, se mantiene unido en las peñas y riberas de las costas del mar, que desprendiendo a poca diligencia, suelta otro humor acuoso de donde emana el tinte, gastando los indios varios ardidés y estratagemas en el modo de desasirlo, para hacerlo supurar la púrpura y volverlos a colocar en las peñas de donde fueron arrancados, con reflexión a que exista y prevalezca, mediante a que de ello consiguen su bien pasar, porque si se arregla o maneja sin pericia, muere todo y se consume por mucho tiempo la especie, y como no es creíble que semejante cuidado persista en los advenedizos y extraños que solamente buscan en ella un efímero aprovechamiento para saciar la aprehensión de su codicia,

nada reflexiva al útil común de su majestad..." (A.N.C.R., Complementario Colonial, N° 343).

Doña Margarita Lázaro, artesana tejedora de Boruca, al referirse a los viajes al mar que hacían los mayores, nos dice:

"Me contaba mi abuelita que ellos esperaban la menguante del mes de marzo, todos los años, porque era de mucha alegría y ella me decía que ojalá eso nunca lo perdiéramos, porque era un experiencia muy grande, en que compartían y para nuestros antepasados era algo muy valioso viajar a la playa , a sacar murice" (Lázaro, 2002)

Respecto a los viajes al mar, doña Digna Rivera, de la comunidad de Térraba, recuerda que cuando era niña su abuelo Eloiso Navas, su abuela Lucrecia Salazar y sus tíos, salían de Mano de Tigre hacia el centro de Térraba y con Candelario Cabrera y Martina Nájera hacían un grupo y se iban cada año a la costa:

"ellos bajaban en bote, porque la vía de comunicación era el Grande de Térraba, ellos se iban siempre en los meses de verano, de enero pa'lante, por unos tres meses estaban allá... y cuando llegaban en marzo, traían pescado seco; traían una sal blanquita y traían una sal de guarumo, que era cafecita; traían caracoles; traían los hilos pintados para los tejidos ... ellos decían que pintaban con caracol" (Rivera, 2002).

Doris Stone menciona que los borucas también utilizaban el tinte de otro molusco más pequeño (*Purpura kioisquiformis* Duclos), pero éste no da un color púrpura tan fuerte. Este molusco habita en las raíces del arbusto de mangle (*Rhizophora mangle* L.). Con este molusco el proceso es diferente, pues la parte blanda de la concha debe ser removida y el líquido que contiene se pone sobre un palito delgado y se dibuja sobre el material que se va a teñir, de la misma manera que cuando se colorea con lápiz. En la primera aplicación el líquido es negro y luego el tinte se vuelve morado. La criatura debe matarse, para obtener su tinte. (Stone, 1949, pág.17).

Los teribes, además del tinte morado del caracol, utilizaban otros recursos marinos invertebrados para las labores artesanales. Isabel Rivera, artesana de Boruca, pero originaria de Térraba, dice que la gente de antes también teñía el algodón con la tinta del pulpo, que daba un color azul-morado oscuro. Digna Rivera, nos dice que:

"los hilos los teñían con los caracoles y también hay una conchita pequeña en el mar que le llaman las almejas. Con esa almeja pintaban un hilo

que es como color crema. De eso yo me recuerdo, que mi abuelo traía esos hilos y decía: 'esto lo pintamos con almeja, esto lo pintamos con un caracol', y era un morado como el de la guaría morada, un moradito muy lindo. También pintaban con plantas del mar, traían uno verde" (Rivera, 2002)

En relación con el proceso para obtener el tinte, tenemos el testimonio de don Ernesto González, nacido en Boruca a principios del siglo XX y conocedor de las tradiciones de su pueblo. Él fue muchas veces a la costa a teñir algodón para las tejedoras locales y se refirió así del múrice:

"es una concha alargada que se pega a la costa, uno la agarra y al despegar se sopla fuerte por el lado que está pegado, para que orine -mejor dicho- ella siempre al soplarla orina. Lo primero que sale es agua o líquido puro, se deja que riega y después cuando sale blanco se pone que caiga ...uno lleva el algodón en la mano, extendida ... uno agarra y sopla y deja que cae y se riegue la orina y cuando viene la propia tinta se pone y no sólo uno ... varios hasta que quede completamente ... el hilo queda azulito, no queda blanco ..En todo tiempo se podía .., eso casi siempre hay que esperar la marea seca, cuando está secando, uno va teñiendo y entre más allá va, más va bajando y a la vuelta va cogiendo los que están ya secos y logra todos los que pueda agarrar, porque ellos quedan siempre en lo seco, pero cuando ya tiene medio creciente váyase porque sale usted bañado.. no le gusta que esté uno allí... el mar es como vivo..." (González Maroto, 1989)

Don Tobías Mora, nos dice que el secreto para que el tinte no destiña, es lavar el hilo con jabón, sumergirlo en el mar -dejándolo enjabonado- teñirlo con la "leche" del caracol y ponerlo al sol, a secar (Mora, 2002).

En el proceso de teñido es importante mojar el hilo con agua de mar, antes de teñirlo, para fijar el color del tinte. Los borucas acostumbran caminar por la playa, con una mochila pequeña cargada de madejas de hilo. Doña Margarita Lázaro nos ofrece una descripción del proceso, tal como se lo contaba su esposo don Pío González:

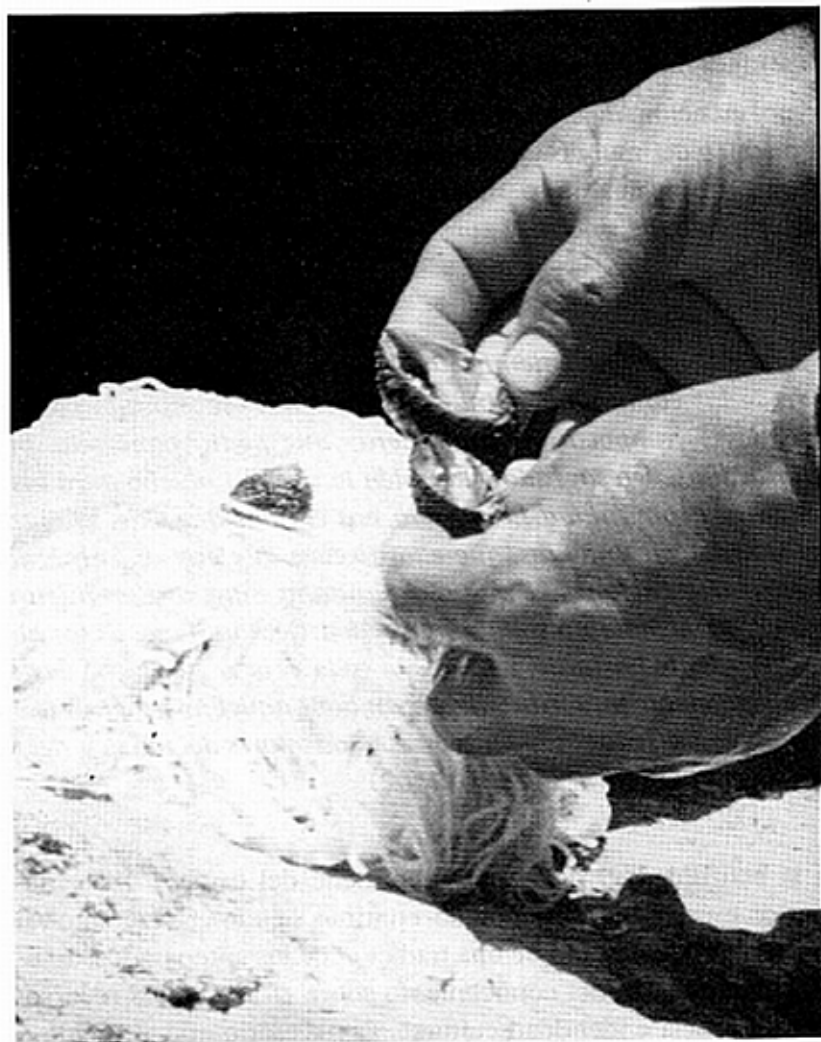
"cuando llegan a la roca donde está el morado, entonces sacan la madeja, la estiran en la mano, la mojan con el agua de mar, como quien dice, restriegan el material para que se penetrara de agua de sal, entonces lo torcían y ya húmedo, lo ponían la madejita en la palma de la mano, con el hilo regadito. Van mirando por las rocas y cuando alcanzaban ver la conchita, el varón la agarraba, soplabla y regaba. Volvía a soplar y entonces,

como llevaba el rollito de hilo en la palma de la mano, agarraba una segunda soplada y ese poquito de lechita lo echaba sobre el hilo regadito, para que se empapara bien. Como está mojado con el agua del mar, al ponerle la tinta, la leche del caracol lo absorbía de una vez, porque estaba el algodón mojadito. Ponían la concha en la roca y agarraba otro y hacía lo mismo...conforme va embarrando, va dándole vuelta la madeja, hasta llenar toda la madejita con la lechita. En ese momento se va poniendo amarillento, amarillento. Luego, lo echaban en una bolsa y sacaban otra madejita y continuaban...cuando llegaban a una cierta parte, ponían las madejas que habían teñido, encima de un palo o en la propia playa y unos veinte minutos después ya empezaba a ponerse morado el material y ellos veían lo lindo que quedó y apara ellos era una alegría llevar eso a su esposa" (Lázaro, 2002)

Hemos enfatizado en el hecho de que el viaje a la costa del Pacífico es una costumbre que han mantenido los borucas desde siglos atrás, actividad que continúa siendo una labor masculina, debido al riesgo que implica ir a los peñascos a buscar los caracoles.

"generalmente esos caracolitos no están en partes bonitas y llegaderas, que vos podías llegar, coger y pintar. Sino que esas conchitas están profundamente en las partes peligrosas. También, tenés que caminar mucho, tampoco es que estén así, en un lugar fácil de llegar y pintar. Y como también no era una madejita lo que se llevaba, pues entonces había que desplazarse bien largo para poder teñir bastante y entonces a veces era muy cansado para las señoras" (Lázaro, 2002)

No obstante, en 1997, se realizó un viaje-taller a la costa en el que participaron aproximadamente 40 personas, jóvenes y adultos, mujeres y hombres. Durante un fin de semana del mes de marzo, se instaló un campamento con manteados en playa Ventana, pero también se visitaron las playas Piñuelas, Arco y otras de la zona aledaña al Parque Nacional Bahía Ballena. Aprovechando la marea baja, en las rocas más cercanas -bajo la guía del artesano Teodoro González Lázaro, mejor conocido como "Lolo"- las tejedoras observaban y luego practicaban la extracción del tinte del morado, al soplar el múrice para teñir las madejas de algodón. Paralelamente, pequeños grupos de hombres de la comunidad se adentraban a los peñascos de mayor riesgo para cumplir la tarea de teñir las madejas y llevarlas al campamento, donde se ponían a secar. Allí, las personas mayores y los niños observaban el proceso del teñido de las madejas de algodón y de pavilo: conforme se iban secando, el blanco hilo pasaba por una gama de amarillos verdosos cafesuzcos hasta adquirir variadas tonalidades de lila y lavanda hasta llegar al morado.



El caracol se sopla y se pone sobre la madeja de algodón o pavillo, Bahía Ballena, 1997 (Foto G. Chang V)

Hay referencias cómo en otros pueblos también se da una cierta especialización por género. El arqueólogo Donald Brockington (Ramsey, 1970, pág. 13) observó que los hombres mixtecos viajan una distancia considerable hasta la costa para teñir el hilo con el caracol, lo que requiere un largo período fuera de la casa. Vemos que, si al factor riesgo del trabajo, tomamos en cuenta el hecho de que a través de la historia, a la mujer le han correspondido las tareas que se realizan en la comunidad (además del cuidado de infantes, la cocina, la elaboración de cerámica, el tejido, el tinte en el hogar, etc), podemos tener más elementos que explican por qué esta actividad se ha designado como una ocupación masculina.

De manera semejante, en los borucas y en los mistecos, el trabajo de teñir con caracol es estacional y tiene lugar al final de los meses secos y depende de la fase de la

luna¹⁰ y de la marca baja. Asimismo, la ropa teñida con este tinte es muy valorada y se usa para ocasiones muy especiales ¹¹.

Como mencionamos al inicio de este texto, el común denominador entre diferentes pueblos del mundo y momentos históricos ha sido el valor -económico y simbólico- que atribuyen al tinte morado o púrpura obtenido de los moluscos. Entre los borucas este tinte ha sido muy apreciado. Al referirse a las costumbres de antaño, nos dicen:

"ese morado, en aquel tiempo lo usaban los alcaldes y la gente más grande de las comunidades indígenas. Usaban ese morado para ciertas actividades ... tampoco era cualquiera que podía ponérselo, pues ese color era como algo sagrado y también lo usaban mucho para las fiestas grandes de la comunidad. El morado, era el color que ellos usaban como decoración de sus enaguas, que ellos decían que era en forma de flores y en estas decoraciones el morado resaltaba mucho y también era un color muy firme, que no soltaba muy fácil. Debido a eso, a los abuelitos les gustaba teñir bastante, tener para todo el año, para que sus esposas tuvieran suficiente material y pudieran lucir aquellas enaguas tan lindas decoradas con diseños indígenas en con los colores del murice, del mangle y de la teca de la playa" (Lázaro, 2002)

En la actualidad, el color que se obtiene del caracol -llamado *suremís* en boruca, murice, múrice, múrex o morado- continúa siendo un elemento valorado en los pueblos borucas, es un símbolo de una tradición de los antepasados, de la convivencia y solidaridad comunitaria, del conocimiento sobre el uso de los recursos naturales y ejemplo de resistencia e identidad cultural. Es necesario que el Estado costarricense tome en consideración el sentido de esta actividad, de forma que en el marco legal de sus políticas culturales y ambientales, le permita a los pueblos indígenas -que durante siglos han manejado de manera equilibrada este bien natural- conservar esta tradición cultural.

Recapitulación

Desde tiempos precolombinos, los amerindios han utilizado los recursos marino-costeros como parte de su alimentación, medicina, así como para la confección de artesanías. En esta última, destaca el tinte morado o púrpura obtenido del caracol

10 La fase lunar si es diferente: para los borucas , la luna menguante es lo ideal, mientras que para los mistecos es la luna llena.

11 Los mistecos usan los hilos teñidos con el molusco para confeccionar el traje de boda.

múrice, que durante la colonia, fue motivo para que las autoridades españolas explotaran la mano de obra indígena en la extracción de este producto. Los borucas son los únicos pueblos indígenas de Costa Rica, que han mantenido una continuidad en la extracción del múrice-cuyo tinte es utilizado en sus artesanías- y lo consideran símbolo de identidad cultural de la comunidad indígena. La conservación de esta tradición cultural ha sido realizada de manera sostenida con el ambiente, pues se toma lo necesario sin exterminar ni poner en peligro el equilibrio natural. Las entidades culturales, educativas y ambientales al ser agentes propulsores de políticas y facilitadores en la conservación del patrimonio natural y cultural nacional y regional, deben reconocer el mérito de los y las artesanas borucas y colaborar con proyectos y acciones complementarias para el desarrollo de esta tradición y divulgar a las nuevas generaciones este conocimiento ancestral en el manejo racional de los recursos naturales.

Bibliografía

Documentos escritos

Archivo Nacional de Costa Rica, Serie Complementario Colonial , Expediente N° 0343, año 1774.

Archivo Nacional de Costa Rica, Serie Guatemala, Expediente N° 87, año 1639.

Documentos orales:

ESQUIVEL, Carlos. *Comunicación personal*, San José, mayo de 2002.

GONZÁLEZ MAROTO, Ernesto. *Comunicación personal*, Boruca, agosto de 1987.

GONZÁLEZ LÁZARO, Teodoro. *Comunicación personal y observación directa del teñido con múrice*, Playas Arco, Piñuelas y Ventanas, Bahía Ballena, 3 de marzo de 1997.

GONZÁLEZ LEIVA, Rafael. *Comunicación personal*. San José, 11 de marzo de 2002.

LÁZARO MORALES, Margarita. *Comunicación personal*. Boruca, 24 de abril de 2002.

MORA DELGADO, Tobías. *Comunicación personal*. Palmar Norte, 25 de abril de 2002.

ORTIZ, Serafín. *Comunicación personal*. Térraba, abril de 2002.

ODIO OROZCO, Eduardo. *Comunicación personal*, San José mayo de 2002.

RIVERA NAVAS, Digna. *Comunicación personal*, Térraba, 24 de abril de 2002.

RIVERA, Isabel. *Comunicación personal*, Boruca, 30 de diciembre de 2001.

Fuentes secundarias:

- ACUÑA, Lesbiat y RIVERA, Gerardo. *Plantas tintóreas y otros colorantes de Costa Rica*. Cartago, Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1990.
- BOVALLIUS, Carl. *En Talamanca 1882* San José, Costa Rica, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes-Comisión Nacional del V Centenario, 1992.
- CREAMER, Winifred. "Sistemas de intercambio en el Golfo de Nicoya, Costa Rica, 1200-1550 d.C.". En: *Vínculos*, Números 1-2, Volumen 8, San José, Costa Rica, 1982.
- GABB, William M. *Talamanca, el espacio y los hombres*. San José, Costa Rica, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1978.
- JINESTA, Ricardo. "Las industrias del añil de caracol de púrpura". En: *Revista de los Archivos Nacionales*, N° 5 y 6, año IV, San José, Costa Rica, 1940.
- LEIVA, Elías. "Conferencia leída sobre un viaje a la región de El General, Térraba y Boruca". En: *Páginas Ilustradas*, año V, N° 181, enero, San José. 1908.
- FERNÁNDEZ, León. *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica Tomo X*, Barcelona, Imprenta Viuda de Luis Tasso, 1907.
- MELÉNDEZ, Carlos (Editor, notas). *Los viajes de Cockburn por Costa Rica*. San José, Editorial Costa Rica, 1976.
- MELÉNDEZ, Carlos. *Viajeros por Guanacaste*. San José, Costa Rica, , Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes: Dpto. de Publicaciones, 1974.
- MELÉNDEZ, Carlos. *Los viajes de Gonzalo Fernández de Oviedo por Costa Rica*. San José, Costa Rica, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes: Dpto. de Publicaciones, 1978.
- PITTIER, Henri. "Viaje de exploración al valle del Río Grande de Térraba" En: *Anales del Instituto Geográfico Nacional*, Tomo III, Tipografía Nacional, San José, 1891.
- QUESADA PACHECO, Miguel Ángel. *Tradiciones huetares*. Heredia, Costa Rica, EUNA, 1998.
- QUESADA PACHECO, Miguel Ángel. *Los huetares: historia, lengua, etnografía y tradición oral*. Cartago, Costa Rica, Editorial Tecnológica, 1996.
- RAMSEY, Richard W. *Caracol dye from purpura dansa snayle. A study in material culture on the Oaxaca coast. s.l., (mimeografiado), 1970.*
- STONE, Doris Z. *The Boruca of Costa Rica*. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology. Harvard University vol. XXVI-N°2, Cambridge, Massachussetts, U.S.A. 1939.